



Vol. 8, No. 3, Spring 2011, 311-317

[www.ncsu.edu/project/acontracorriente](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente)

### **Review/Reseña**

Shane Greene, *Customizing Indigeneity: Paths to a Visionary Politics in Peru*. Palo Alto: Stanford University Press, 2009.

## **La Construcción de la Indigeneidad en la Amazonía Peruana**

**Maritza Paredes**

University of Oxford

*Customizing Indigeneity* es un sugerente y muy bien escrito libro que explica la construcción de la identidad indígena en la Amazonía peruana. Sobre la base de un trabajo etnográfico, que combina entrevistas y el rastreo de la historia, Shane Greene plantea convincentemente que esta construcción, y su politización, ha involucrado un proceso de *customization* (acostumbramiento) caracterizado por dos componentes. Primero, un permanente

contrapunto entre la imposición del mundo exterior y el desarrollo de formas internas de apropiación creativa y negociación, dando significado a un conjunto de nuevas costumbres; sus lógicas impuestas y las motivaciones políticas y de poder que subyacen a estas lógicas. Segundo, una construcción de visiones que confluyen (sin volverse una visión única), que no ha ocurrido de la noche a la mañana sino que ha tomado forma gradualmente, en estrecha interacción con las transformaciones socioeconómicas, políticas e institucionales ocurridas en la Amazonía en la segunda mitad del siglo veinte. Greene nos ofrece un argumento persuasivo para explicar la confluencia hacia la “indigeneidad”, primero impuesta, luego apropiada, de los pueblos amazónicos en el Perú. Con un énfasis en la indigeneidad como un punto de llegada y no de partida, el autor se sitúa al centro del debate entre tradición y modernidad de una manera muy provocadora.

El libro divide su contenido en dos partes: *las lógicas del acostumbramiento* y *la politización del acostumbramiento*. Esta división expresa la importancia para el autor de diferenciar dos procesos que aunque estrechamente relacionados requieren un análisis por separado. En efecto, de una sección a la otra, Greene hace su mayor esfuerzo interdisciplinario. Sin embargo, lamentamos que con excepción de algunos pocos casos (De la Cadena, 2000 y García 2005), el autor no entabla mayor diálogo con una vasta literatura que ha venido poniendo énfasis, desde hace tiempo, en el rol de las instituciones en los procesos de transformación y reconstrucción de la identidad indígena. Señalamos esto porque Greene pone un fuerte acento en la importancia de instituciones como el sistema de educación bilingüe en la Amazonía como facilitador de infraestructuras de encuentro, movilización y convergencia hacia la ‘indigeneidad’ de diferentes pueblos amazónicos. Varios investigadores desde otras ramas de las ciencias sociales han enfatizado la importancia de estas instituciones

fundacionales en la configuración, deliberada o no, de las identidades étnicas en América Latina. Un texto influyente es el estudio de Yashar (2005) que discute experiencias muy parecidas a las que Greene describe pero en otros contextos, donde dinámicas de resistencia y negociación surgen desde la sociedad y alteran los planes originales de los diseñadores institucionales. En nuestra opinión, ambos análisis concluyen que a través de estas estructuras de conexión no sólo se desplazan recursos organizativos, sino que confluyen una serie de elementos simbólicos, ideológicos y culturales que hacen posible la negociación y re-configuración de nuevas identidades políticas étnicas.

En *Las lógicas del acostumbramiento*, el autor nos sumerge en la complejidad de la recreación étnica en el mundo privado, cotidiano, en el espacio geográfico familiar donde opera el poder local y la innegable necesidad de diferenciación con “el otro”. El autor explica convincentemente como el pueblo Aguaruna se apropia de diversas prácticas, usos lingüísticos, y objetos, que los hacen suyos. Además nos muestra como existe un claro reconocimiento del mestizaje y de la miscelánea de sus relaciones sociales. Sin embargo, al mismo tiempo señala que este reconocimiento opera sin dejar de lado “el ideal implícito de la pureza étnica y, en ocasiones, cuasi-racial del pueblo Aguaruna” (55). Greene pone un particular énfasis en la existencia de este ideal étnico/racial, como parte de una discusión abierta sobre indigeneidad y modernidad. Sin embargo, este ideal no es problematizado en el contexto de las transformaciones que se describen en el texto. Por un lado, nos quedamos con la duda de si las entrevistas son la mejor forma de capturar los cambios lentos, conscientes o no, que se podrían estar produciendo en este ideal implícito Aguaruna. Por otro lado, si lo anterior no es el caso, y como el autor sugiere, el nivel de fluidez de las relaciones sociales es constantemente contrastado por un sentimiento de pertenencia que fija fuertemente el borde étnico,

llevando incluso al rechazo o insulto de aquellos que traspasan y van lejos de las fronteras de Agurunía, entonces nos quedamos con un conjunto de preguntas sin resolver respecto a cuáles son las estructuras de poder internas que sostienen y reproducen estas líneas divisorias tan importantes.

¿En qué medida esta recreación étnica del mundo privado de la cual nos habla Greene tiene relevancia política? Es decir, ¿en qué medida la vitalidad cultural del pueblo Aguaruna tiene mucha, poca o ninguna repercusión en la esfera pública en términos de patrones de acción colectiva, organización, elección política y de movilización en esferas que exceden a Aguarunía? *En la politización del acostumbramiento*, el autor contesta estas preguntas. Para quienes están interesados en la construcción de las identidades políticas, étnicas y otras, esta sección ofrece un excelente ejemplo de etnografía, con un detallado y riguroso rastreo de los procesos que han sido relevantes para configurar hoy el movimiento amazónico en el Perú. La sección plantea que la construcción de lo ‘indígena amazónico’ no ha sido ni el producto automático de identidades étnicas primordiales conservadas dada la falta de conexión con el resto del país, ni una mera instrumentalización orquestada por unos líderes indígenas que buscan oportunidades en el mundo de hoy. El indígena amazónico ha sido el resultado de un proceso dinámico, y de una historia específica, en donde nuevos dirigentes confluyeron en respuesta a un conjunto amplio de motivaciones: los esfuerzos públicos y privados de colonización de la Amazonía, la expansión del servicio educativo y la legalización de las comunidades nativas y de sus tierras.

La llegada del “pastor gringo” representa el inicio de la narración que documenta Greene. Para muchos activistas aguarunas, señala el autor, es el primer signo de una entrada plena a la condición de indigeneidad, la imposición de nuevas “costumbres civilizadas” y de sus lógicas, como la alfabetización, la ciudadanía, el

Estado, la cristiandad y los márgenes de ganancia (108). La educación bilingüe que se inició formalmente en 1952 por los misioneros cristianos del Instituto Lingüístico de Verano (SIL en su siglas en Inglés), y que solo dio lugar de una manera muy lenta a un sistema público de educación bilingüe en la Amazonía, monopolizó el rol de intermediación entre el Estado y los pueblos Amazónicos convirtiéndose en la más importante, sino única, fuente de información estadística, geográfica y cultural básica sobre la región y sus habitantes.

Pero los diseños institucionales frecuentemente provocan resultados inesperados. Greene documenta como el rápido y explosivo crecimiento de escuelas y centros de entrenamiento para profesores bilingües produjeron una nueva clase de agentes aguarunas, y amazónicos, que por primera vez entraron en contacto con otros grupos étnicos y empezaron a relacionarse con estos grupos como Amazónicos. Estos nuevos agentes no eran dóciles súbditos cristianos, sino agentes politizados; su poder de mediación estaba basado en su bilingüismo y en su habilidad de manejar el mundo de los libros, documentos, mapas, números y cuentas financieras. Además, de su exposición a la economía monetarizada dado su salario magisterial. Pero como Greene acertadamente sugiere, difícilmente es posible una movilización efectiva sin circunstancias catalizadoras, ventanas de oportunidad que permitan poner en movimiento el capital cultural y organizativo construido. El hecho de que la ley de legalización de comunidades nativas y sus tierras solo reconociera a comunidades nativas individuales como unidades administrativas y territoriales solitarias catalizó los esfuerzos de estos nuevos agentes por construir un movimiento interétnico amazónico que articule los intereses de sus diferentes pueblos. Aparecieron así, la Aidesep y la CONAP. El autor nos alerta de una posible interpretación simplista de este proceso si no se observa de forma cercana que no se trata de un mero cambio instrumental de

liderazgo en donde el pueblo aguaruna progresivamente decidió abandonar a sus líderes tradicionales y costumbres por nuevos agentes ‘modernizadores’ para enfrentar los nuevos retos de la legalización de la tierra. Greene argumenta que por el contrario, los líderes más jóvenes se han re-constituido como una nueva generación de “guerreros visionarios”, pero esta vez de “lápiz, papel y dinero”.

Finalmente, a lo largo del texto, el autor intenta contrastar el caso amazónico con el andino. Sin embargo, lamentamos que apele recurrentemente a una visión general de la experiencia de los pueblos indígenas de los Andes que es escueta e insatisfactoria, haciendo un uso intensivo de la idea de que en la sierra peruana ha existido un problema de apropiación de la simbología andina, y en particular incaica, por las elites. Nos da entender, por lo tanto, que la mayor dificultad de los pueblos indígenas en los Andes es la escasez de recursos simbólicos para construir un camino convergente hacia la indigeneidad hoy. Creo que esta lectura minimiza la potencialidad del análisis del propio del autor. Si hacemos el ejercicio de tratar de entender la experiencia de los pueblos andinos tomando en consideración los elementos que Greene sustenta han sido importantes para el pueblo amazónico, entonces tendríamos que incorporar en el análisis a esas estructuras institucionales canalizadoras que Greene destaca de forma tan convincente. Tendríamos que examinar, por ejemplo, que el escenario de polarización alrededor de la lucha por la tierra fue importantísimo en la penetración organizacional y cultural de la izquierda en los Andes del Sur. La izquierda marxista de los años 70s, representó en la sierra peruana del Sur una red de conexión muy diferente a la que constituyeron los pastores gringos de la escuela de verano en la Amazonía. Nos atreveríamos a sugerir, entonces, que la importancia de estas estructuras no solo reside en la conexión que ofrecen, sino que ellas mismas con sus formas, actores y ideologías subyacentes

abren un conjunto de oportunidades y limitaciones particulares que influyen en el tipo de identidades políticas y formas organizativas que emergen, así en cómo sus potencialidades en diversas coyunturas. Un ejemplo de esto último es que tanto el movimiento Amazónico (y el movimiento *rondero*), que emergieron sin mayor influencia de la izquierda marxista, fueron capaces de lograr sus mayores victorias y hacer legítima su acción colectiva durante el Gobierno de Alberto Fujimori en un contexto abierto de “antipolítica”, “anti izquierda” y “anticlase”. Lo cual le fue imposible al movimiento indígena campesino de la sierra dada su abierta asociación organizacional e ideológica a los partidos marxistas peruanos.